

# Concurso

de relatos de ciencia ficción

# HOMOCRISIS

by

# TOSHIBA

CALEFACCIÓN & AIRE ACONDICIONADO

[homocrisis.es](http://homocrisis.es)

# El síndrome de la memoria exótica

JUANFRAN J. TROYA

GANADOR DEL I CONCURSO  
DE RELATOS HOMOCRISIS

*JUANFRAN J. TROYA* nace en Madrid en 1975. Finalista en varias ocasiones de concursos como Alberto Magno o Domingo Santos, sus relatos más recientes han aparecido en Maelstrom, Terra Nova y la revista SuperSonic. Intercambio (Ediciones del Cruciforme, 2013) es su primera novela.

---

## El síndrome de la memoria exótica

Rudy creyó que su turno de insomnio había terminado. Viajaba en un vagón de metro con la única compañía de un indígena de Papúa Nueva Guinea que no dejaba de sonreírle. Aquello era lo bastante absurdo como para ser un sueño. Sacó de su bolsito el manual de usuario del Toshiba Montecarlo y leyó una página al azar para salir de dudas: “Cuando la unidad de aire acondicionado se deba transportar con las manos, deberán hacerlo dos o más personas”. Sonaba raro, pero lo pudo leer sin problemas. No estaba soñando.

Por el aspecto del indígena, Rudy dedujo que pertenecía a la etnia Dani. Vestía la tradicional *koteka* —una calabaza alargada para cubrir el pene— y un tocado de plumas que indicaba cierto nivel de dignidad dentro de su tribu. ¿Llevaría el billete de metro dentro de la calabaza? Era una lástima que no se subiera nadie más en ninguna parada. No todos los días se ve a un dani de Papúa Nueva Guinea viajando en metro y le hubiera gustado ver las reacciones de otros pasajeros. Pero cada vez era más difícil encontrarse con gente despierta en Madrid.

El tren llegó a su parada. Rudy echó una última mirada al dani, que seguía igual de tieso y sonriente. Le devolvió una mínima

cantidad de sonrisa y se apeó del tren dando un salto, para evitar el peligroso hueco entre coche y andén.

Quizás se habría olvidado para siempre del papuano si al día siguiente no hubieran empezado a pasar cosas raras.

Un inciso para explicar lo del salto. Siempre que Rudy viajaba en metro recordaba su azaroso árbol genealógico. Su bisabuelo y su abuelo paternos, ladrones de los que se cuelan en las casas de la gente que duerme, habían muerto en la cárcel, ahorcados en la celda que ambos compartían; al parecer el más joven mató al mayor antes de suicidarse. El padre de Rudy se hizo policía para apartarse del negocio familiar, pero en aquella misma línea de metro encontró una muerte mucho más ridícula, cuando quiso ayudar a una mujer que estaba forcejeando con un borracho al borde del andén:

No estaba de servicio pero se acercó a separarles. Ellos estaban tan enfrascados en su lucha que lo empujaron sin querer. Perdió el equilibrio y cayó a la vía. Por fortuna el tren no estaba cerca. La mujer y el borracho dejaron de pelearse para ayudarle, pero antes de que pudieran subirle del todo una rata le mordió en la pierna. Él le quitó importancia a la herida. Por el camino al hospital murió de un shock anafiláctico.

Sus colegas de la brigada científica descubrieron que las ratas de la estación merodeaban por una arrocería próxima, cuyos cubos de basura rebosaban de suculentos desperdicios. Los roedores se atiborraban allí de tal modo que impregnaban sus bigotes con los jugos de las cabezas de las gambas. Y el padre de Rudy era alérgico al marisco.

«Ya es casualidad» fue el epitafio que le dedicó la brigada, en presencia de la viuda; la cual había de relatar esta historia a su único hijo —casi póstumo— día sí, día también, para que sacara sus propias conclusiones. En consecuencia, Rudy odiaba a los borrachos y a las mujeres peleonas; temía a las ratas; y nunca, en sus cuarenta años de vida, había probado el marisco. Si viajaba en

metro era porque no tenía más remedio, ya que le daban pánico los automóviles por la siguiente razón: En el vigésimo aniversario de lo que le pasó a su padre, un taxi —que después se dio a la fuga— atropelló a la madre de Rudy cuando se bajaba de un autobús. No hizo falta llamar a la brigada científica para determinar la causa de la muerte.

Así que, aunque no podía negar que el metro era un lugar de funesto recuerdo, los trenes, considerados como medio de transporte, no estaban involucrados en su amplia tragedia familiar. Sólo tenía que alejarse del borde de los andenes y todo iría bien.

Rudy era ingeniero de teleco y trabajaba en una empresa de redes oníricas. La gente elegía pasar la mayor parte de su tiempo durmiendo, pero también querían ver vídeos de gatitos, troleear en los comentarios de un blog, tuitear con famosos, y en definitiva tener acceso a Internet durante sus sueños lúcidos. Había mucho trabajo para las pocas personas dispuestas a permanecer en vela. Él tenía insomnio crónico y doblaba turnos; así ganaba más dinero y además no tenía que cocinar o hacer la compra, porque podía desayunar, comer y cenar en el comedor de la empresa, en la mesa más alejada de la cocina. Así evitaba los efluvios de marisco que pudieran emanar de las ollas. El único insomne que le acompañaba aquel día era Alonso, de Recursos Humanos. Siempre tenía alguna anécdota televisiva que contar.

—¿Viste anoche Gran Hermano? ¡Qué fuerte lo de los indios esos de los taparrabos!

Rudy dejó de cortar el filete. Prestó atención a lo que decía su compañero. Por lo que pudo entender, la última extravagancia del famoso *reality show* había sido introducir en la casa a unos indígenas danis, que convivieron con los concursantes un par de semanas hasta que fueron liberados gracias a la intervención de su embajada.

—Qué casualidad. Anoche vi a uno de ellos en el metro.

Alonso se mostró muy sorprendido y le avasalló a preguntas. Pero no había mucho que contar: simplemente, se lo había encontrado

en el metro. No, no le había hecho ninguna foto. Ni mucho menos se había acercado a hablar con él. Viajaba solo. Sí, era un poco raro que lo hubieran dejado sin compañía por Madrid. No, Rudy no sabía a dónde iba el dani.

Pronto quedó claro que la cosa no daba para más y Alonso pasó a repasar otro programa de televisión; le explicó que un concursante de Pasapalabra no se había llevado el bote por una letra. Había fallado la palabra que empezaba por u. Rudy le preguntó cuál era.

—No me acuerdo... Una muy rara. No la habrías adivinado ni tú.

Rudy bebió un poco de agua y dijo:

—Uxoricida.

—Sí, me suena que era ésa. No sé para qué me lo preguntas entonces, si ya lo viste.

—¿He acertado?

—No te hagas el tonto.

No quiso insistir y lo dejó estar. Pero él sabía que había adivinado la palabra por *casualidad*. Y ya iban dos seguidas, relacionadas con la televisión, a pesar de que nunca la veía. Echó una mirada de reojo al manual del Toshiba Montecarlo que tenía abierto encima de la mesa. «No utilice el aparato de aire acondicionado con finalidades especiales, como preservar alimentos, instrumentos de precisión, objetos de arte, reproducción de animales, en vehículos ni embarcaciones». Sintió un pequeño escalofrío. Seguía despierto, pero intuía que algo extraño estaba a punto de suceder. Alonso volvió a hablar.

—Anoche también vi Cuarto Milenio.

Rudy tragó saliva. Bajó la vista y se puso a remover las patatas. Esta vez no diré nada, pensó.

—Resulta que hay un pueblo donde nacen los niños con seis dedos en cada mano.

Al oír aquello se le escapó un gemido. Conocía bien ese pueblo.

—Cervera de Buitrago. Junto al embalse de El Atazar. Toda mi familia es de allí.

—¿Pero tú por quién me tomas?

Rudy señaló una pequeña cicatriz entre el pulgar y el índice de su mano derecha.

—Me lo extirparon al poco de nacer. Es un problema de consanguinidad.

Alonso se levantó de la mesa.

—No, Rudy. Es un problema de aquí —se tocó la cabeza—. Eso de los niños con seis dedos me lo he inventado para ver qué decías. Anoche no vi Cuarto Milenio.

—Pero mira la cicatriz.

—Será mejor que me vaya. Escucha... No te lo tomes a mal. Creo que deberías ir a un psiquiatra. No lo digo sólo por lo que ha pasado hoy. Es por tu bien. Llevas mucho tiempo despierto.

No tuvo fuerzas para protestar. No le importaba que le tomaran por un loco porque no lo era. Pero eso no era suficiente para tranquilizarle. Las casualidades habían comenzado a perseguirle. Y no quería acabar como su padre.

En palabras del cineasta y *youdreamer* Ramírez Mascaró: «Sueño lúcido es aquél en el que sabes que estás soñando. Es relativamente sencillo tenerlos, y con un poco de práctica el soñador puede incluso llegar a controlar el sueño. La mayoría de las técnicas para lograr el sueño lúcido se basan en “educar la mente” cuando estamos despiertos: acostumbrar al cerebro a preguntarse cada equis tiempo “¿estará soñando?” y chequearlo efectuando una serie de comprobaciones. Por ejemplo: si estás soñando y te miras la mano, es probable que no cuentes cinco dedos, sino algunos dedos de más o algunos dedos de menos. Si estás soñando e intentas leer algún texto dentro del sueño, es muy probable que no consigas leerlo».

Por motivos obvios, Rudy no se fiaba del método de contar el número de dedos de su mano. Siempre llevaba un manual, o alguna otra lectura muy técnica, lo más árida posible, en su bolsito.



—Las casualidades no existen —sentenció el doctor Díaz.

Mira quién fue a hablar, pensó Rudy.

Al salir del trabajo, mientras le daba vueltas a lo que le había dicho Alonso sobre consultar a un psiquiatra, Daniel Díaz se cruzó en su camino. Era imposible disimular y evitar un encuentro con alguien en la calle, porque apenas había gente con la que cruzarse; en aquellos tiempos los madrileños se saludaban en las aceras como si estuvieran de senderismo por la montaña. En cualquier caso, Rudy se alegró de toparse con Daniel. Habían sido compañeros de instituto y llevaban más de veinte años sin verse. Después de charlar un rato sobre sus vidas, surgió el tema de las profesiones.

—Pues yo soy psiquiatra.

A Rudy le dio un vahído.

Casualmente, la consulta del doctor Díaz estaba muy cerca. Daniel le sugirió que lo acompañara hasta allí para reponerse. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba recostado en el diván.

Vomitó su historia: la obsesión de su padre por evitar el destino de sus antecesores y las circunstancias de su extraña muerte; el miedo al borde de los andenes, a las ratas, al marisco, a los coches; la conversación con Alonso, que había destapado tantas casualidades: el dani —al decirlo reparó en la coincidencia con el nombre de su amigo—, la palabra «uxoricida», los seis dedos de la mano... y finalmente el consejo de que fuera a ver a un psiquiatra.

—Y aquí estoy. Tengo mucho miedo. No sé qué quieren decir tantas casualidades, pero me asustan. Las relaciono con la muerte de mi padre. Presiento algo terrible.

Daniel Díaz sonrió. Antes de hablar, recorrió la distancia que le separaba de su mesa y se sentó detrás de ella.

—No te preocupes Rudy. Si supieras la de veces que he escuchado una historia parecida...

—¿Con tantas casualidades?

Fue entonces cuando el doctor dijo aquello de “las casualidades no existen”. Aunque después añadió algunos matices.

—O al menos, no estando despierto —el doctor se contó los dedos de la mano y negó con la cabeza—. Tu historia no es verosímil.

—¡Pero es cierta!

—Yo no he dicho lo contrario. Digo que no es verosímil. Mucho has tenido que cambiar en estos años para que no seas capaz de entender la diferencia.

Rudy enrojeció y no dijo nada. El doctor continuó con su explicación.

—Lo que quiero hacerte ver es que le tienes miedo al fánum, y eso sólo funciona en las tragedias clásicas de los griegos. Hoy en día suena ridículo.

—Díselo a mi padre.

El doctor se levantó de nuevo y empezó a pasearse.

—Vamos a hacer una prueba. Estoy pensando en un número del uno al diez. Dime cuál es.

—Cinco —dijo Rudy, sin pensarlo mucho.

El doctor se detuvo en seco.

—¡Eso es!

—¿He acertado?

—No, perdona, no estaba pensando en ningún número. Me he acordado de otra cosa.

Daniel Díaz se apresuró a regresar a su mesa. Buscó un librito en los cajones y se puso a hojearlo.

—Cuando estábamos en el instituto yo era tu único amigo. No te relacionabas con nadie más. Es fácil adivinar que la clave de tu vida es la ausencia de afecto, la soledad... La incapacidad para ser un hombre sano y feliz. Permaneces despierto porque estás tan acostumbrado a tu pequeña jaula de desdichas que te da miedo evadirte.

—A veces sí que duermo. Un poco.

—No te preocupes, siempre existe una manera de dejar de sufrir. Sólo tenemos que encontrarla. Lo de la televisión me ha dado una pista... Aquí está: —leyó en voz alta—. «Síndrome de la memoria exótica». Es una variante del Munchausen.

Rudy estaba sentado en el filo del diván, con las uñas clavadas en el cuero.

—¿Entonces estoy loco?

—Por supuesto que no. Y aunque lo estuvieras, en mi profesión tenemos que recurrir a eufemismos. —Levantó un folio de su mesa y se lo enseñó—. Mira este artículo que estoy escribiendo para Instituciones Penitenciarias. Está lleno de «intentos autolíticos» y cosas así, que no entiende nadie.

—Pues yo lo entiendo perfectamente. Déjate de rodeos, y dime qué es lo que me pasa.

Hay una frase del afamado *coach* onírico Julián Díez que resume a la perfección la necesidad de vivir en una sociedad donde la gente pueda controlar el desarrollo narrativo de sus propios sueños: «Tu utopía no es la mía.»

Y añade: «Mi desconfianza en el concepto de utopía lleva años creciendo pero es, ahora mismo, completa. Simplemente, no quiero someterme a la utopía de los demás. Ni creo que sea razonable pretender imponer la mía a otros. En mi mundo ideal, por decir sólo un par de cosas para explicar mi postura, todos viviríamos en comunidades nudistas, pequeñas y razonablemente autosuficientes, pero exploraríamos el espacio. Es obvio que hay gente, sin embargo, que adora vivir en grandes ciudades y llevar ropa, y que considera que enviar carísimas naves a explorar peñascos estériles es de dudosa utilidad. La utopía supone la imposición de ideales. Y por tanto no es buena idea llevarla a la práctica. Debe circunscribirse tan sólo al ámbito individual de los propios sueños: ahí cada uno es libre —con un poco de entrenamiento— de vivir plenamente su utopía personal y alcanzar la felicidad».

Rudy estaba sentado en el sofá, mirando la tele, con una libreta y un boli junto a él. Cada pocos segundos apretaba el botón del mando a distancia y cambiaba de canal, sin prestar demasiada atención. No sabía lo que tenía que buscar.

Se distrajo contemplando la cicatriz de su mano. La que estaba entre el pulgar y el índice. Es imposible que yo me haya inventado esto, pensó. Pero según el doctor Díaz era la única explicación.

—Creas los recuerdos falsos a medida que te hacen falta —le había dicho—. De tal forma que para ti son reales. Tu mente los elabora para llamar la atención de los demás porque quieres relacionarte con ellos.

Él había protestado. ¿Y lo de la palabra uxoricida? La había dicho antes que Alonso. No era un recuerdo inventado, sino una verdadera adivinación. Pero para eso también tenía una respuesta el doctor: su mente había olvidado que, en realidad, sí había visto Pasapalabra.

—Imposible —replicó él—. Jamás veo la tele.

—Pues eso es precisamente lo que quiero que hagas.

Rudy estaba bastante molesto con aquel tratamiento, por dos razones. Primero, no creía que el diagnóstico tuviera ningún sentido. ¡Cómo iba a haberse inventado lo de su pueblo y los seis dedos! La segunda razón era que odiaba ver la tele. Menuda colección de estupideces había tenido que aguantar y sólo llevaba una hora con el aparato encendido. El doctor Díaz le había ordenado que se pasara el fin de semana viendo la tele, el máximo número de horas posible, y que apuntara en una libreta cualquier cosa que le pareciera llamativa. Rudy no entendía nada. Pero al menos la teoría de su amigo le había dado una perspectiva sobre las casualidades que no estaba relacionada con el trágico destino de su padre. Eso era positivo.

No había escrito nada en la libreta. No sabía qué programa ver. Siguió deambulando por los canales, hasta que, de nuevo, Daniel Díaz se cruzó en su camino. O mejor dicho, apareció en su televisor.

Daniel Díaz era un doctor. Pero no existía. En la vida real, si es que esa expresión tenía ya algún sentido para Rudy, sólo era un personaje. Un actor, ataviado con una bata blanca, que hacía de médico. Rudy no parpadeó durante el resto del capítulo de aquella serie. Lamentablemente, cortaron los títulos

de crédito antes de que pudiera ver el verdadero nombre del intérprete.

Con las manos temblorosas, repasó las notas que había tomado en la libreta. El doctor Daniel Díaz, un personaje ficticio, le había explicado a un paciente —también irreal— en qué consistía el «síndrome de la memoria exótica»:

*Creación de recuerdos falsos a medida que van haciendo falta. Parecen reales —esta frase estaba subrayada—. Pero no lo son. La mente los elabora para relacionarlos con cualquier cosa que le parezca interesante o llamativa. Es un mecanismo inconsciente que denota alguna ausencia —subrayado— emocional.*

—¿Cuál es el tratamiento, doctor Díaz? —había preguntado el paciente de la serie de televisión.

—Hay unos fármacos, pero son muy agresivos —el Daniel Díaz televisivo miró hacia los lados antes de seguir hablando—. Sé que la directora me va a matar si se entera de esto, pero puedes curarte bebiendo unas cuantas cervezas cada día.

La supuesta explicación racional de aquel disparate era que una ligera embriaguez, sostenida en el tiempo, causaba «leves pérdidas de memoria inmediata» y por lo visto eso prevenía la creación de recuerdos, falsos o no. La gracia estaba en que el paciente del capítulo era un abstemio radical, porque su padre había sido un borracho que le pegaba a su madre.

Rudy dejó de repasar sus notas. Apagó la televisión. Leyó un par de páginas del manual del aire acondicionado sin percibir nada extraño. Caminó hasta la ventana y la abrió. La brisa nocturna que sintió en la cara parecía real. En la calle, una mujer paseaba con su perro y llevaba una bolsita preparada en la mano, para recoger la caca. Eso parecía muy real. En la terraza del bar de enfrente, un borracho solitario gritaba y se reía a carcajadas.

Cerró la ventana y trató de pensar con lógica. Los dos doctores Díaz no podían ser reales al mismo tiempo. La existencia de uno negaba la del otro. Quizá ambos eran producto de su imaginación pero no quería admitir esa posibilidad, porque entonces

estaría rematadamente loco, sin esperanza ninguna. Uno tenía que ser auténtico. En cualquier caso, coincidían en el diagnóstico: síndrome de la memoria exótica. Sólo cambiaba el tratamiento. Decidió seguir los dos: ver la tele y achisparse un poco.

Pero Rudy no tenía ni una mísera cerveza en casa, porque odiaba a los borrachos.

Ya en la calle, su primera idea fue buscar una tienda abierta. Los chinos dormían incluso menos que él. Al pasar frente a la terraza del bar donde bailaba el borracho solitario vio que dentro había televisión. Estaban echando un partido de fútbol. Rudy dudó. Si bebía algo en el bar y miraba la tele, mataría dos pájaros de un tiro. Tomó aire y fue hasta la barra observando atentamente el suelo, para evitar cualquier posible cabeza de gamba.

—¡Una cerveza! —gritó hacia la cocina, pero no vino el camarero.

Cerca de él había una pareja apoyada en la barra. Estaban besándose tan apasionadamente que llegaron a empujarle. Le dio un codazo al hombre y éste se giró para insultarle. Al reconocer a Rudy la expresión de su rostro cambió. Era Alonso, el de Recursos Humanos.

—¿Qué haces aquí?

Rudy titubeó. Sus palabras sonaron muy débiles.

—Vivo cerca. He bajado a tomar algo.

Intentó iniciar una conversación normal, que incluyera a la mujer de su compañero. La cual, se fijó, era bastante joven.

—Por fin nos conocemos —Rudy le tendió la mano—. Soy compañero de trabajo de tu marido. Siempre está hablándome de vuestros hijos.

Ella no le dejó continuar. Le soltó una bofetada a Alonso y se marchó del bar.

—¡Yolanda!

Alonso el de Recursos Humanos sacó un billete de veinte euros del bolsillo y lo arrojó sobre la barra. Al sacar el dinero se

le cayó un papelito sin que se diera cuenta. Rudy lo recogió pero su compañero ya se había esfumado detrás de la joven.

Al olor del billete de veinte euros apareció el camarero. Resultó ser chino.

—¿Qué quiere?

Desistió de la cerveza. Necesitaba algo más fuerte.

Se había tomado varios whiskies mientras veía el partido. Los que vestían de rojo habían goleado a los de azul y en el estadio había cuatro personas, sentadas juntas en la grada, que parecían eufóricas. Él también lo estaba. Continuó bebiendo y observando la realidad y sus verosímiles detalles: cómo entrecebraba los ojos el borracho ex solitario cada vez que le daba una calada imaginaria a un cigarrillo sin encender; las manchas de grasa en la camisa del camarero chino; o su propia mano, con la cicatriz del dedo extirpado. Sacó el manual del Toshiba Montecarlo del bolsito pero no pudo enfocar la vista por culpa de la sobredosis de alcohol. No importaba. No necesitaba leer ninguna estúpida mierda para saber que aquello estaba sucediendo de verdad, en aquel mismo momento. No era un sueño ni un falso recuerdo.

—El alcohol me ha curado —sentenció.

Su compañero de farra replicó que a él también y los dos se rieron a carcajadas. El camarero anunció que tenía que cerrar y deseaba cobrar lo que se le debía. Mientras buscaba la cartera en su bolsito, Rudy encontró el papel que se le había caído a Alonso. Lo desdobló. Había un verso escrito en él, que decía: «Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo». Aquello le sorprendió y le hizo sentir culpable.

Pagó y salió del bar. Al otro lado de la calle paseaba cabizbaja la chica joven que había abofeteado a Alonso, la que se llamaba Yolanda, a quien seguramente iba destinado aquel verso.

Apretó el paso para alcanzarla. La chica se metió en el metro y él la siguió. El tren esperaba en el andén con las puertas abier-

tas. Se metió de un salto en el mismo vagón que ella. Yolanda pareció asustarse. Rudy se sentó para recuperar el equilibrio; se había mareado por culpa de los esfuerzos de la persecución. La chica corrió a sentarse al extremo más alejado.

El tren se puso en marcha. ¿Qué hago ahora? Darle el verso de Alonso empezaba a parecerle absurdo. Pero no podía apartar la mirada de ella. Que una chica tan guapa pudiera enamorarse de un gañán de Recursos Humanos demostraba lo podrido que estaba el Universo. Ahora se alegraba de haberle jodido el plan poético a su compañero. Sí. Que se jodiera. No se merecía ni rozar aquellos labios. Hizo trizas el verso.

La chica marcó un número en su móvil y habló en voz baja. Rudy cerró los ojos para hacerse el dormido. Los volvió a abrir cuando sintió que el tren frenaba. Ella esperaba de pie junto a una puerta del vagón. Sus miradas se cruzaron, mientras el tren entraba en la estación. Rudy se aproximó, tambaleándose.

—Yolanda, escúchame...

La chica tembló.

—Soy el del bar —consiguió decir—. El compañero de tu novio.

—¿De qué bar?

La cabeza le empezó a dar vueltas y no por culpa de la borrachera. Si ella no sabía de qué le estaba hablando, la escena de la bofetada tenía que ser un recuerdo falso. ¿Pero entonces cómo se explicaba lo del papel que acababa de romper? Buscó en vano los restos por el suelo del vagón.

—¿Dónde coño está el verso?

Recordaba perfectamente haberlo sacado del bolsito. Volvió a buscarlo allí dentro por si acaso, pero sólo encontró la cartera, el móvil, y el manual del aire acondicionado. Lo abrió por el índice y leyó: «Resolución de problemas». Todo el texto era así de prosaico.

Buscó en la expresión de la chica alguna impostura, un guiño, una sonrisa. Algo que pusiera en evidencia la trama surrealista de los sueños. Pero ella estaba paralizada y su miedo parecía genuino.



Ninguno de los dos abrió la boca. El tren se detuvo. La chica salió corriendo en cuanto se abrieron las puertas. Saltó detrás de ella. Una mano de hombre le agarró por la camisa. Era Alonso el de Recursos Humanos.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué la molestas?

Rudy intentó soltarse. Estaban demasiado cerca del andén.

—¡Déjame!

—Te voy a partir la cara.

El conductor del tren debió pensar que una pelea de borrachos no era asunto suyo. Cerró las puertas y continuó la marcha. Las vías quedaron al descubierto. A Rudy le entró pánico. El fátum de su padre venía a por él.

Empujó a Alonso con todas sus fuerzas y le hizo caer. Se le debió de romper el cuello en el mismo instante en el que chocó contra el raíl. Murió en el acto, sin ratas ni demás zarandajas.

—¡Papá!

Claro, por eso era tan joven la chica. Tanto como para ser la hija de Alonso. Cuando le explique todo esto al juez, pensó, me llevarán al sitio en el que debemos estar los locos, donde no podré hacerle daño a nadie, ni nadie podrá hacérmelo a mí.

El juez no le creyó; su historia no era verosímil. Consideró el atenuante del insomnio y del alcohol, pero nada más. Los análisis psiquiátricos determinaron, con los eufemismos correspondientes, que no estaba loco. Su abogado no pudo demostrar que se encontraba bajo tratamiento: seguir los consejos del doctor de una serie de televisión no se puede considerar como tal. De los dos Daniel Díaz, su único amigo del instituto había resultado ser el inexistente. Así pues, fue conducido a una cárcel común donde le llevaron a una celda normal, para cuerdos.

—Ahora mismo te traemos un compañero —le dijeron— que vuelve hoy de la enfermería.

Se acurrucó entre las sombras de su catre. Había escogido la parte inferior de la litera pero la elección era provisional: su com-

pañero de celda tendría la última palabra sobre cualquier reparto. Sacó del bolsillo del pantalón las tres páginas que había arrancado del manual de usuario del Toshiba Montecarlo y las desdobló. «Para configurar los ajustes de ahorro de energía, consulte *Para configurar los ajustes del modo de ahorro de energía* en la sección Modo de ahorro de energía». Poseer aquellas hojas le ayudaba a mantener la esperanza de conseguir un sueño lúcido con el que evadirse. Oyó que la puerta de la celda se abría de nuevo y tragó saliva.

Para alivio de Rudy, resultó ser un viejo enclenque. Los guardas le dejaron allí, tratándole con mucho cuidado y hablándole amablemente. Cerraron la puerta. El viejo permaneció en el mismo sitio, con la mirada perdida. Luego se sentó en la taza del váter para quitarse los cordones de los zapatos, poco a poco, sin tirones bruscos. Los ató el uno al otro con un nudo muy marinero, con muchas vueltas, y luego comprobó su resistencia. Amarró la improvisada cuerda a un barrote del ventanuco y se la pasó por el cuello. Se dejó caer para que el peso de su propio cuerpo lo estrangulara.

Aquello era un intento autolítico en toda regla, pensó Rudy. Saltó del catre y desató al viejo antes de que se asfixiara. Lo llevó a la cama. Cuando el viejo dejó de toser, le ofreció un vaso de agua. Mientras le observaba beber, se fijó primero en sus manos raquíticas y luego en la cicatriz entre el índice y el pulgar de la derecha.

Rudy no paró de llorar y de abrazar al viejo que había resultado ser su padre. Hasta que le mentaron a la madre.

—Maldita loca.

—No digas eso.

—¿Aún la defiendes? —El viejo gruñó—. Bueno, no sé de qué me extraño. Has salido a ella.

Después de reconocerse las cicatrices, pusieron sus historias en común. La parte que conocía Rudy contenía detalles suficientes como para que su padre completara el resto. Ninguno de sus

antepasados había muerto en la cárcel, así que ésa no era la razón por la que se hizo policía. El incidente del metro sí era cierto. Pero los papeles en la historia estaban intercambiados.

—Yo era el borracho —dijo el viejo—. El que empujó al tipo que murió cuando le mordió la rata. Y por eso me echaron del Cuerpo. Pero fue un accidente.

Durante unos segundos, la celda dio vueltas en la cabeza de Rudy. Cerró los ojos hasta que pasó el mareo.

—Tu madre prefirió que pensaras que yo había muerto. La muy puta desapareció contigo. ¿Qué clase de nombre es Rudy?

—Viene de Rodolfo.

El viejo escupió en la taza del váter.

—Un nombre bien estúpido. Tú te llamas Eduardo, como yo. Esa bruja te jodió la vida, ¿eh? Me apuesto lo que sea a que todavía no has probado el marisco.

Después de reírse un rato, el viejo se quedó ensimismado. Rudy aprovechó para preguntarle por un detalle que no le cuadraba.

—Han pasado muchos años, ya deberías estar en la calle.

El viejo se encogió de hombros.

—Intenté escaparme varias veces. Eso aumentó mi condena. Quería encontrarte —Rudy se estremeció—. Conseguí fugarme y estuve un par de semanas fuera. Me hice pasar por taxista y te busqué, pero tuve mala suerte. En un semáforo atropellé a una loca que bajaba del autobús sin mirar. Cuando me di cuenta de quién era salí huyendo. Si me hubieran trincado en ese momento me habría caído otro buen porrón de años por asesinato. Pero fue una casualidad. Te lo juro —soltó una risotada—. Cómo me alegro de que esté muerta.

La celda daba vueltas de nuevo. He aquí al uxoricida, pensó Rudy. A medida que asimilaba aquella nueva revelación, su visión se tiñó del color de la sangre adulterada que había heredado de su padre y de su madre. Sangre infeliz y distópica que, si no ponía remedio, le abocaba al insomnio perpetuo.

Lentamente, con parsimonia, comenzó a quitarse los cordones de los zapatos.

—¿Qué haces?

—¿No te lo imaginas?

El viejo negó con la cabeza. Parecía sincero.

—Es nuestro fátum —añadió Rudy.

Buscó en su memoria la manera de hacer el nudo que había visto antes.

Consultar bases, premios y relatos ganadores:  
[www.toshiba-aire.es/concurso-de-relatos-homocrisis/](http://www.toshiba-aire.es/concurso-de-relatos-homocrisis/)